

Thomas Römer, *La invención de Dios*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2022, 302 pp.

La obra que aquí se presenta recoge la traducción española del original francés *L'invention de Dieu*, publicado en 2014 y reeditado en 2017 con la añadidura del epílogo. El autor, reconocido especialista en el Antiguo Testamento, ofrece los resultados de su investigación acerca del origen del monoteísmo de Israel. Fundamenta sus hipótesis en indicios de carácter arqueológico, epigráfico, iconográfico o gléptico, así como en la lectura de los relatos bíblicos a la luz de la crítica histórica y exegética. Römer se sitúa en el marco del nuevo paradigma arqueológico-bíblico, en línea con investigadores como Israel Finkelstein, Oded Lipschits o Aren Maier entre otros, quienes reclaman la autonomía de la arqueología para presentar sus propios avances, con independencia de una determinada opción religiosa o política.

En la introducción, el autor aclara en primer lugar el sentido del título para evitar confusiones: “Al hablar de «invención de Dios» no nos imaginamos que algunos beduinos se reunieron un día en torno a un oasis para crear su dios o que, más tarde, unos escribas forjaron desde cero a Yhwh como dios tutelar. Hay que entender esta «invención» más bien como una construcción progresiva surgida de unas tradiciones sedimentadas, cuyos estratos alteró la historia hasta hacer que emergiera una forma inédita. Y cuando analizamos cómo se desarrolló el discurso sobre este dios y cómo él se convirtió finalmente en el dios único, podemos ver aquí una suerte de «invención colectiva», siempre reaccionando a unos contextos históricos y sociales determinados” (p.12). Partiendo de este presupuesto, señala la necesidad de que los análisis de los textos bíblicos se confronten con los datos arqueológicos de las investigaciones más recientes. Recuerda a su vez la importancia de los estudios que datan la composición final del Pentateuco en una época más tardía de la que se pensaba.

Con la finalidad de encuadrar su obra, realiza también en esta introducción una breve presentación de la Biblia hebrea y refiere algunas precisiones terminológicas que conciernen a la historia del Próximo Oriente. A su vez, realiza

un breve recorrido de la historia de Israel desde finales del segundo milenio hasta la época helenística. La introducción finaliza con una serie de preguntas que indican ya lo que se abordará en el libro: “¿Cómo se convirtió Yhwh en el dios de *Israel*? ¿Cuándo accedió al estatus de dios protector de los reinos de Israel y de Judá? ¿Era venerado allí de la misma manera? ¿Cómo hizo su entrada en el templo de Jerusalén? ¿Estaba allí él solo, o cohabitaba con otras divinidades? ¿Era invisible desde el principio, como afirman los redactores bíblicos, o existían representaciones de Yhwh? ¿Era “célibe”? ¿Al final de qué proceso y en reacción a qué acontecimientos se impuso el culto monolátrico que progresivamente se le rindió?” (p. 31).

Tras la introducción, el libro se estructura en doce capítulos. El primero, titulado *El dios de Israel y su nombre*, trata de clarificar la cuestión del significado de Yhwh. Comienza señalando la relevancia que tiene el nombre divino en el judaísmo y constata cómo la prohibición de que sea pronunciado es un mandato tardío relacionado con su unicidad. Desde esta perspectiva, se retrotrae a etapas más antiguas analizando el contenido y el sentido de Ex 3 y exponiendo los testimonios que se conocen acerca de la pronunciación del nombre de Yhwh dentro y fuera de la Biblia. Presenta, finalmente, las diferentes hipótesis acerca de su significado, señalando que ninguna puede considerarse totalmente satisfactoria. Indica, no obstante, la que considera más plausible en el momento actual de la investigación, “el que sopla, el que lleva el viento, un dios de la tormenta que puede incluir también aspectos guerreros” (p. 44), no sin indicar que tampoco está exenta de problemas.

Continúa el libro con la cuestión del origen geográfico de Yhwh en el capítulo segundo. Partiendo de los relatos bíblicos, principalmente de Ex 3 y Ex 6, el autor apunta los vestigios de un origen no israelita. Subraya cómo los propios textos presuponen que la relación entre Israel y Yhwh no existió desde siempre, sino que fue fruto de un encuentro que, inicialmente, se ubica en un territorio fuera de Israel. Presenta los descubrimientos arqueológicos que han permitido formular diversas hipótesis sobre su procedencia: Ebla, Ugarit, Mari, Egipto/Sinaí y el sur del Néguev. Tras exponerlos, formula su propuesta acerca de la plausibilidad de un origen sureño de Yhwh, en relación con el desierto y las estepas, que estaría apoyado también por testimonios bíblicos como, por ejemplo, Jue 5, Sal 68 o Hab 3.

Vinculado a ello se encuentra también el contenido del capítulo 3: *Moisés y los madianitas*. A la luz del relato de la manifestación de Yhwh a Moisés durante

su estancia en Madián y del encuentro con Jetró en Ex 18 antes de la revelación en el Sinaí, replantea cuestiones como la identidad de Moisés, quiénes eran los madianitas, qué testimonio de ellos ofrecen los relatos bíblicos, y si Yhwh era venerado también en Edom. Sus análisis permiten afianzar la procedencia sureña de Yhwh y, probablemente también, su vínculo con unas tribus seminómadas entre las que podrían encontrárselos los madianitas y los quenitas.

El capítulo 4 aborda, bajo la anterior hipótesis acerca de su origen, cómo pasó a ser el Dios de Israel. Los relatos bíblicos apuntan principalmente al acontecimiento de la revelación en el Sinaí (Ex 19-24) y al establecimiento de la Alianza. También otros textos señalan, aunque de diferente manera, la idea de un encuentro a partir del cual Israel fue escogido por Yhwh y se convirtió en su pueblo para siempre (Os 9,10; Ez 20). Römer se plantea en qué circunstancias podemos imaginar este encuentro en el plano histórico, para lo cual considera imprescindible analizar en primer lugar el significado del nombre de “Israel”. Constata la dificultad para determinar su etimología al tiempo que justifica su posible relación con el dios El. La introducción de Yhwh en Israel la ubica al comienzo de la realeza, es decir, en el paso del primer al segundo milenio, como dios tutelar de Saúl y David. Los topónimos de Israel y Judá relacionados con algún dios datados en el segundo milenio (Anatot, Baal Perasín, Bet DAgón, Bet El, Jericó, Jerusalén...), confirmarían que Yhwh no había llegado a ser el dios de Israel anteriormente.

La cuestión de *La entrada de Yhwh en Jerusalén* ocupa la temática del capítulo 5. Para iluminarla, el autor estudia los vestigios arqueológicos del santuario de Siló y sus referencias bíblicas, constatando la plausibilidad de un santuario yahvista en Efraín que cobró importancia a finales del Bronce. Junto a ello, rastrea el significado del “arca de Yhwh” como un posible santuario de guerra transportable y “peligroso”, indicando con ello que representaba al dios de Israel. Examina a su vez los textos bíblicos que refieren a David introduciendo el arca en Jerusalén, a la luz con los descubrimientos arqueológicos sobre esta ciudad y los motivos por los cuales David la elegiría como “suya”. Analiza, a su vez, los relatos de la construcción del templo por Salomón centrándose en las diferencias entre las versiones masorética y griega, y comparándolas con paralelos literarios mesopotámicos. Plantea la posibilidad de que en esa época no fuera aún Yhwh la divinidad principal, sino que conviviera con un dios solar al que posteriormente desplazó y cuyas funciones principales asumió.

Los dos siguientes capítulos abordan de manera paralela el culto de Yhwh en Israel (capítulo 6) y en Judá (capítulo 7). Recuerda que la visión de los autores bíblicos de 1-2 Re y 1-2 Cro se inscribe en la perspectiva del reino del sur, al tiempo que el culto a Yhwh del Reino del Norte se presenta como un culto idolátrico. Contrastando los textos con diferentes indicios arqueológicos, plantea la idea de que Yhwh fue venerado en Israel según el modelo de Baal -como una divinidad asociada a la tormenta y a la fertilidad-, mientras en Judá integraba los rasgos solares de una antigua divinidad tutelar de Jerusalén. En este reino, durante los siglos IX-VIII, Yhwh habría pasado a ser el dios de la dinastía davídica y el dios nacional de Judá, absorbiendo las funciones de un dios solar y combinando las de El y Baal. El Templo representaría el centro de su realeza, aunque pervivirían también otros santuarios.

Los capítulos 8 y 9 tratan dos cuestiones concretas: *La estatua de Yhwh en Judá y Yhwh y su Aserá*. En el primero, explora el origen de las representaciones anicónicas de Yhwh, considerando esta práctica como tardía y estableciendo la posibilidad de que existiera una representación suya mediante una estatua en el Templo. En el segundo, señala las inscripciones que posiblemente asocian a Yhwh una “Aserá” que también es mencionada en la Biblia, si bien en ella se rechaza su culto. Este, definitivamente, habría sido desterrado durante el reinado de Josías.

El capítulo 10, *Caída de Samaría y ascensión de Judá*, afronta la centralización del culto y la administración en Jerusalén, única ciudad de Judá no conquistada por los asirios. Trata la situación en Judá después del año 722 a.C. y analiza especialmente los reinados de Ezequías y Manasés, contrastando la presentación que la Biblia hace de ellos con las referencias históricas que se poseen. Se subraya en esta época el fortalecimiento de la “teología de Sión” y la constatación de que Yhwh protegerá para siempre su montaña santa.

El capítulo 11 se centra en el momento en el que, a juicio del autor, se produce un cambio de paradigma tanto en el plano cultural como en el religioso: *La reforma de Josías*. Desarrolla la posibilidad de que fuera bajo su reinado cuando Yhwh pasó a ser el “dios uno”. Indicios arqueológicos, epigráficos y glípticos apoyan esta posibilidad. Jerusalén se convertiría en el único lugar donde practicar el culto oficial y la idea monolátrica de una veneración exclusiva a Yhwh conduciría posteriormente al monoteísmo. Es precisamente este el tema del capítulo siguiente: *Del dios “uno” al dios “único”*, donde se señalan los orígenes del monoteísmo al comienzo de la época persa. Sería en este momento cuando

comenzaría a afrontarse también la resolución del problema del mal, más fácil de abordar en una concepción politeísta. No obstante, en este capítulo se presenta también algún indicio de que el politeísmo no desapareció fácilmente. A su vez, se plantea el papel que jugó el advenimiento de la Torá, su traducción al griego y la expansión del culto a Yhwh por toda la cuenca mediterránea, sobrepasando así el marco semítico.

El *Epílogo y conclusión* esboza el desarrollo histórico del judaísmo hasta la época romana y recopila las ideas fundamentales tratadas en la obra. El *postfacio* parte de la pregunta “¿Se puede inventar a Dios?” y replantea los presupuestos de una investigación sobre los orígenes del dios Yhwh y el desarrollo de su veneración desde una perspectiva histórica. A su vez, subraya la aportación positiva de una investigación desde ese enfoque, teniendo en cuenta el contexto actual donde el oscurantismo y las verdades alternativas ganan cada vez más terreno.

Este libro es, pues, una propuesta de reconstrucción de la evolución histórica y cultural de la imagen de Yhwh, analizándose como se haría con los dioses de cualquier otro pueblo de la antigüedad. No se parte de que siempre haya tenido una identidad fija; por el contrario, se expone cómo esta se fue definiendo a través de los distintos contextos sociales y políticos que atravesó el pueblo, así como en el contacto con otras culturas y sus dioses tutelares. Para Römer, el monoteísmo bíblico no aparece claramente hasta la época persa y, aún así, incluso textos de esta época parecen asumir la existencia de otros dioses. Para el autor, se trataría de una característica divina que emerge en un desarrollo tardío.

Uno de los principales valores de esta obra reside en la recopilación que el autor hace de los resultados de la investigación arqueológica más reciente en relación al tema. Destaca también la articulación que elabora de los mismos, ofreciendo una síntesis coherente en la que, de manera continuada, presenta, contrasta, integra y desarrolla en un discurso organizado la información de la que dispone. Plantea hipótesis sugerentes, bien fundamentadas y con las que, en muchas ocasiones, trata también de aportar una respuesta a datos contradictorios y difíciles de explicar, presentes en los libros bíblicos. No cabe duda que todo ello supone también un desafío para la reflexión teológica, si bien el autor apenas entra en ello.

Cabe señalar, no obstante, que el propio autor indica que los resultados de su análisis se mantienen en el plano hipotético y dependen en ocasiones de la

interpretación que se le otorgue a los indicios arqueológicos que se van descubriendo. Por otro lado, él mismo diferencia también en su exposición aquellas afirmaciones que, desde los datos históricos, se mantienen hoy en día como indiscutibles y las que requieren un mayor estudio. Pero ello no invalida la solidez de la documentación que aporta ni la necesidad de integrar los resultados de las investigaciones científicas en la lectura e interpretación de los textos bíblicos.

A pesar del rigor científico, el vocabulario empleado y la exhaustiva exposición de datos que se ofrece, no se trata de una obra únicamente accesible a especialistas. La unidad interna del libro, la claridad en los planteamientos y las interrelaciones que se van estableciendo a partir de las conclusiones que se alcanzan, hacen que se trate de un libro de lectura ágil y, en cierto modo, amena. Se recomienda su lectura para todas aquellas personas interesadas en conocer los datos más importantes de las investigaciones arqueológicas en relación con el origen del judaísmo. También para quien desee asomarse a una metodología de aproximación histórica en la lectura de textos fundamentales del Antiguo Testamento.

Ana Rodríguez Laiz